

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

SERMON DE LA ASCENSION.

(Conclusion.)

¿Quién sostiene al hombre en sus combates, le consuela en sus dolores, le conforta en sus flaquezas y, le sonríe en sus trabajos sino la creencia en una vida mejor despues de la muerte como recompensa de sus virtudes y buenas obras? ¡Ah! Recordad de un cabo al otro toda la tierra, examinad la historia, contemplad la larga galeria de los hombres ilustres que ha producido la Religion católica: á través de esos milagros de virtud y de esos prodigios de santidad; á través de esos sacrificios y de esos heroismos que han asombrado al mundo, buscad el motivo que los produce y el resorte que los explica todos; en todas partes, siempre y en todo, encontra-

reis la fuerza de esa creencia que eleva á los hombres, que esfuerza las almas y las lleva por los caminos del dolor, del sacrificio. de la austeridad y de todas las privaciones y por entre los fuegos de multiplicados enemigos, á la conquista del alcazar de la gloria, de ese reino dichoso de los cielos que Jesucristo nos prepara en su Ascension, y que solo llegan á conquistar los valientes y los esforzados.

No lo dudeis: la fé en la otra vida, el dogma del cielo y del infierno confirmado hoy con la gloriosa Ascension de Jesucristo es el motivo mas poderoso para obrar el bien y aborrecer el mal; es la fuerza mas incontrastable que podemos emplear para matar los vicios y crear las virtudes, para salvar las almas y moralizar á los pueblos. Si los hombres

tuviesen una fé viva y una esperanza firme; si mientras caminamos por este mundo no perdiésemos de vista nuestra pátria que es el cielo y nuestra bandera que es la cruz; si buscáramos de veras las cosas grandes de arriba donde está Jesucristo sentado en brillantísimo trono á la derecha de Dios; si todos los cristianos viviéramos como quien sabe que Jesucristo está ya en los cielos, y que pronto ha de juzgar á los vivos y á los muertos, (1) dando á cada uno su merecido, á los buenos, eterna recompensa, y á los malos eterno castigo; si tan viva fé guiase los pasos de nuestra vida y tan firme esperanza fuese el único móvil de nuestras acciones, creedme, pronto veríamos morir todos los vicios y renacer todas las virtudes; veríamos desaparecer el orgullo y la avaricia, los odios y las envidias, la calumnia y la blasfemia, el lujo y la lujuria, los robos y los adulterios, la deshonestidad pública y los públicos escándalos; pecados y vicios que los cristianos llevan hoy en triunfo por calles y plazas; pecados y vicios que se cometen hoy con desvergüenza inaudita, con satánico cinismo, por grandes y pe-

queños, por altos y bajos; triste señal, pero inequívoca, infalible, de que vamos retrocediendo á la barbárie moral del paganismo. Veríamos en cambio, si creyésemos vivamente en la vida futura, el progreso creciente de la moralidad pública y privada, el reinado de las virtudes cristianas en todas las esferas de la vida; veríamos caridad en los ricos, resignacion y humildad en los pobres; veríamos honradez y formalidad en los viejos, pureza y honestidad en los jóvenes; obediencia y respeto en los hijos, celo, prudencia y ejemplo en los padres fidelidad y amor conyugal en los casados; veríamos, en fin, renovados entre nosotros los tiempos primitivos del cristianismo, destruidos todos los vicios florecientes todas las virtudes, los hombres convertidos en ángeles, la familia en un vergel, los pueblos en un paraíso y la sociedad en una imágen de aquella Jerusalem celestial, de aquella dichosa ciudad, vestida de luz y de piedras resplandecientes, llena de gloria y empapada en perfumes de suavísima fragancia.

Pues bien, señores: Vosotros lo veis como yo; el estado de nuestras costumbres no puede ser mas triste. Hemos retrocedido diez y nueve siglos; nos hallamos

(1) 1.º Petri, C. VI.

ya á la otra parte del calvario; vivimos en pleno paganismo. Si Jesucristo hubiese de venir otra vez á redimir al mundo, este sería el tiempo y sazón para verificarlo. No faltarian Herodes y Pilatos, fariseos y verdugos que repitiesen el drama sangriento del calvario porque estos modernos fariseos y pretorianos, estos bárbaros del siglo XIX, se apoderarian de la persona de Jesucristo, y por rebelde, por fanático, por retrógado, por enemigo de la libertad, de las luces y de la civilización moderna, de nuevo le crucificarían con mayor crueldad que los mismos judíos. Pero Jesucristo no ha de morir otra vez; porque habiendo resucitado, subió á los cielos y en su Ascension gloriosísima no solo nos convida con su misma gloria, no solo nos estimula á la virtud con el atractivo de la recompensa, sino que nos ofrece abundantes y poderosos medios para adelantar en el camino de la santificación y en la reforma de nuestras costumbres. *Ascendit super omnes caelos ut impleret omnia.* Si; desde el cielo tiene que llenarlo todo Jesucristo con sus dones. Os conviene é interesa mucho, dijo á sus Apóstoles, que yo parta de aquí; pues si no partiese ó no me separara de vosotros su-

biendo al cielo, no vendría sobre vosotros el Espíritu Santo (1). Al subir al cielo, nos priva de su presencia corporal, pero es para derramar sobre nosotros el raudal de sus gracias, para enviarnos los medios necesarios á nuestra santificación, medios abundantes, seguros é infalibles que únicamente por nuestra culpa pueden llegar á ser inútiles. ¿Cuáles son estos medios? ¿Dónde están ó dónde los encontraremos? En la Iglesia católica y sólo en la Iglesia. Ella es santa en sí misma y nos muestra en su propio seno las verdaderas fuentes de la santidad. La Iglesia fundada por Jesucristo para aplicar á los hombres los medios de la redención, se levanta atrevidamente, lo mismo ante sus amigos que ante sus enemigos, y dice mostrándose en toda su divina belleza: «Miradme: yo soy la santidad y como tal la grande iniciación del progreso moral en el mundo cristiano.» Yo poseo en escondido y altísimo tabernáculo para derramarlos sobre la tierra todos los tesoros de las gracias del cielo. Yo tengo abiertas para todos los hombres las verdaderas fuentes de la santificación y del progreso moral que mi Esposo,

(1) Joan, 10, 7.

Jesucristo ha llenado para no agotarse jamás, con las aguas regeneradoras de la gracia que saltan en copiosos y cristalinos raudales hasta la vida eterna. ¿Cuáles son esas fuentes? La predicación de la palabra divina, la oración ferviente, las prácticas piadosas, el sacrificio del altar, la frecuencia de sacramentos. «En el momento actual, diré con un reputado orador, hay una palabra en el mundo que tiene mas de trescientos mil cátedras para enseñar, y que enseña debajo de los cielos hace cerca de dos mil años, palabra llena de luz porque Jesucristo está con los que la pronuncian y estará hasta la consumación de los siglos. Y nadie podrá comprender jamás y sobre todo no podrá nunca decir lo que esta palabra, siempre pura, siempre irraculada, ha hecho y hace todavía en el corazón de los hombres y en medio de los pueblos para elevar el nivel general de la moralidad pública y conducir á las almas por el camino de la felicidad. ¿Os aprovechais vosotros de este medio poderoso de santificación? ¿Cómo se han de formar las costumbres si no se quiere oír ni obedecer al sacerdote que es la luz de los entendimientos, la medicina de las almas y el maestro de los pueblos?

Hé aquí todavía otros medios de santificación: las prácticas piadosas, la oración, el santo sacrificio del altar. ¿Y no es cierto que se miran hoy con la mayor indiferencia estas fuentes de salud y de vida? Ved la plaga horrible que han traído á España esas doctrinas y esos hombres que se apellidan modestamente los maestros de los pueblos y los paladines del progreso: El indiferentismo religioso, que es la noche del alma y la tisis moral de los pueblos. Contemplad por último estas fuentes todavía mas fecundas de moralización de virtud y de santidad; la frecuencia de sacramentos. ¿Qué son los sacramentos vistos á la luz de la fé católica? instrumentos de la gracia, es decir, de un socorro que Dios nos dá, de una fuerza que gratuitamente concede al hombre para ayudarle á hacerse bueno, santo, y capaz de merecer la gloria; son en una palabra, rios divinos y canales misteriosos por donde se comunican á las almas las olas de la sangre de Jesucristo. ¿Creeis por ventura que puede haber virtud y honradez en las almas, moralidad y bienestar en los pueblos sin estos medios de santificación que Jesucristo nos ofrece generoso, sin estas fuentes de virtud y moralidad que Él ha

abierto en medio de su Iglesia? Os repito por última vez que estamos perdidos, que marchamos al abismo sino retrocedemos en el camino del pecado, sino aprovechamos las lecciones que Jesucristo nos dá en su Ascension á los cielos. No buscamos las cosas que hay arriba donde Jesucristo está sentado á la diestra de Dios Padre, y nos engolfamos en las cosas de la tierra. No se ambicionan mas que riquezas, ni se buscan mas que placeres vergonzosos al alto precio de la condenacion del alma. Cristianos: ¿por qué estais con los ojos clavados en la tierra? Mirad al cielo. Allí está vuestro destino, aquella es vuestra pátria y allí deben volar vuestros suspiros. Somos peregrinos. Somos desterrados en este valle de miserias; aquí no tenemos pátria, ni morada fija, ni esperanzas. Vamos, pues, por el camino de la virtud á la ciudad del refugio, á la pátria del descanso y de la gloria que á todos deseo. Amen.

Z. M.

EL LEON ENJAULADO.

«Pues señor, cuando Dios crió el mundo, comprendiendo que hasta entre las bestias de los campos era conveniente establecer cierto órden y buena armonia, llamó al leon, y entregándole el cetro

de todas las alimañas, dirigió á estas la siguiente alocucion:

—Bestias del universo: sabed que soy vuestro Dios y Señor, que os saqué de la nada por efecto de mi infinita bondad y de mi poder absoluto, y que por tanto me debeis sumision y acatamiento.

—Muy bien, muy bien,—contestaron todas.

—Poco á poco, que no he concluido. Habeis de saber, además, que conociéndos como os conozco, y sabiendo que sois muy capaces, en cuanto vuelva la espalda, de armar un cisco y comeros unas á otras, dejando solo los rabos, por el maldito vicio de querer mandar todas y no obedecer ninguna, he dispuesto establecer entre vosotras al leon del desierto con el carácter de autoridad suprema, para que en mi nombre os gobierne y dirija.

—Perfectamente señor,—respondieron los avechuchos,—nada mas justo que obedecer á vuestra divina Majestad en esta como en todas las cosas; pues si así no fuera, dado el geniecillo y las uñas que nos van saliendo, no seria extraño cometiésemos alguna barbaridad. Que damos, pues, que desde hoy el leon será nuestro rey, no porque sea leon y tenga mas ó menos garras, pues garras todas tenemos; sino porque lo mandais Vos, que estais en el derecho de mandarlo.

Y así fué en efecto; desde aquel día el toro con su arrogancia, el oso con su corpulencia, el tigre con su fiereza, el águila con su rapacidad y hasta la mona con su pedanteria, bajaron la cabeza ante la nueva autoridad de *derecho divino*, dando á asi ocasion á que la república de

los animales fuese una república modelo.

Pero, amigo, no hay bien ni mal que cien años dure. Apenas habrían transcurrido noventa y nueve con diez meses y algunos días, cuando cierto reptil de escama, que desde el primer momento se había enemistado con Dios por cierta repulsa sufrida en el Paraíso cuando trató de revolucionar á los hombres, quiso armar otro pronunciamiento entre los animales.

—Ciudadanos—dijo, enrosándose á un árbol y llamándolos á todos á silbidos.—Parece imposible que habiendo entre vosotros gente tan astuta y valerosa, esté pasando hace tanto tiempo por la humillación de rendir pleito homenaje á un animal que, con toda su melena, vale menos que cualquiera de vosotros. ¿Por qué incurrir en tal baja? Pase que á majestad tan fantástica le rindan tributo los corderillos; pero vosotros, poderosos tigres, forzudos osos, majestuosas águilas reales que domináis con vuestro vuelo el imperio de los aires, ¿qué necesidad tenéis de inclinaros ante ninguna alimaña de la tierra?

—En efecto—dijo el toro;—la verdad es que yo, con mi par de cuernos, puedo ir ya solo á cualquiera parte. ¿Qué necesidad tengo de bajar la cabeza ante el león?

—Ni yo—dijo el oso,—que de una zarpada derribo una torre.

—Ni yo—dijo el tigre,—que tengo tanta fuerza como el primero.

—Ni yo—saltó el elefante,—que tengo trompa como el segundo.

—Ni yo, ni yo;—saltaron todas las demás bestias, entusiasmándose cada vez mas.

—En resumen, señores—dijo la mona, tosiendo y sacando el pañuelo para pronunciar el correspondiente discursito, á que era muy aficionada:—que segun nos ha demostrado nuestra distinguida y particular amiga la culebra, animal largo de paso, por mas que no hayamos tenido el gusto de verle los piés, todos, absolutamente todos debemos ser independientes; porque tanto la autoridad de los unos como la libertad de los otros habrá de ganar muchísimo con declarar cesante la fantástica majestad del mal llamado rey de los animales.

—Señores—dijo el cordero,—no estoy conforme; sé perfectamente lo que son estas cosas, y si esa autoridad es desobedecida, todos tendremos que sentir.

—¡Ah, cobardel!—exclamo la asamblea;—¿cómo se conoce que tienes carne que guardar!

—Tambien lo teneis vosotros.

—Para eso están nuestras armas.

—¿Armas sin autoridad legítima? veremos lo que valen.

—¡Ja, ja, ja! ¿Qué es eso de autoridad legítima?

—Lo dirá por el derecho divino—contestó la mona.

—¡¡Ja, ja, ja, ja!!

La risa fué general; y la sesión terminó en medio del mayor escándalo. Inmediatamente el león fué enjaulado, y al grito de ¡Viva la libertad! se le pusieron un par de grillos para que no pudiera tender la garra.

Acto continuo cada uno de los animales, campando por su respeto, se dirigió á una parte del mundo con el plausible y filantrópico objeto de hacerse dueño de

ella sin pararse en pelillos ni miramientos. El oso formó un imperio en Rusia; el tigre se anexionó la Inglaterra; las águilas fundaron imperios en Alemania y Francia; y la mona emperejilada con una blusa garibaldina y un gorro frigio, comenzó á danzar por Italia tocando el organillo y cantando la marsellesa. Todos estaban contentos, y el que menos creía haber descubierto la piedra filosofal.

En efecto, la piedra filosofal estaba descubierta; porque no puede haber nada mas filósofa que gritar viva la Pepa y declararse uno independiente para hacer su santísima voluntad, mandando en los demás y no dejándose mandar de nadie; pero, amigo, lo que piensa el moro piensa el cristiano, y en esta ocasion como en todas los cristianos pensaron mejor que los moros. Así que las sabandijas del universo supieron que la autoridad leonina al grito de independencia habia sido destronada, salieron á bandadas de sus agujeros y se juntaron en concilio para discutir qué les correspondía hacer en semejante situacion.

La pulga tomó la palabra.

—Señores: la suprema autoridad del leon, considerada hasta ahora de *derecho divino*, ha sido destituida y privada de todos sus privilegios: es decir, ya no hay rey. Siendo esto así, me cabe la altísima honra de preguntaros: ¿Qué debemos hacer? ¿á quién obedecemos?

—A nadie—gritó la asamblea.—¿No hay rey? pues tampoco Roque: ni rey ni Roque.

—Pero, señores, habrá que obedecer á alguno.

—Pues que se me obedezca á mí.

—A mí, á mí, á mí.

—Fuera, aquí nadie manda, todos somos iguales.

—Mandaré, la mayoría...

—La mayoría en nuestra,—gritaron las chinchas.

—Es nuestra—gritaron las pulgas.

—No hay ya mayorías que valgan—añadieron los mosquitos;—donde acaba el derecho divino empieza el derecho individual, ó lo que es lo mismo, la inconveniencia de cada uno; y siendo así, ¿quién nos priva á nosotros la que tenemos de chuparle la sangre á todo bicho viviente? Nada, señores, dejémonos ya de historias y á chupar. ¿Acabó la *fuerza del derecho*? pues ¡viva el *derecho de la fuerza*! y quien mas pueda que se la gane. ¡Viva la anarquía y el colectivismo!

—¡Vival!—contestaron millones de voces.

—¡Fundemos la internacional de los chupadores.

¡Fundémosla!

Y acto continuo se fundó la asociación mas grande y aterradora que han conocido los siglos; su objeto era muy sencillo; verificar la transfusion de la sangre, haciéndola pasar desde los animales gordos hasta los animales flacos; y cuando los animales flacos se pusieran gordos, volver á empezar otra vez, y seguir así constantemente hasta que todos quedasen iguales; es decir, todos gordos, ó mejor dicho, todos flacos. El pensamiento era sublime.

Inmediatamente comenzó la sociedad á funcionar.

El oso autócrata de Rusia fué el primero que sintió las picaduras. Las pulgas nihilistas tomaron por delante su auto-cracia, y empezaron á comérsela por un pié.—¿Qué es esto? decía; soy vuestro rey.—¡No hay rey que valga!

En seguida se oyeron los lamentos en Inglaterra; era el tigre de la robusta

Albion, que con toda su robustez no se podía lamer de miseria; los piojos de Irlanda habían dado con él y lo tenían frito.

Después se percibieron sucesivamente gritos lastimeros en Francia, Alemania, Italia, Bélgica, España y otras naciones, donde los mosquitos comunistas, las trinquas socialistas y todos los demás bichos libre-pensadores y libre-chupadores del universo, habían alzado bandera de rebelión para tragarse vivos á los animales de mayor cuantía. El toro español no tenía harta cola para espantarse los tábanos; las águilas francesa y alemana pasaban el día entero rascándose las pulgas; hasta la pobre mona de Italia, perseguida por una nube de moscardas, había tirado el organillo y la garibaldina, y corría hecha un demonio con el gorro ladeado, castañoteando los dientes.

—Señores—exclamaron por fin algunos animales sesudos, reunidos en congreso;—esto no puede continuar así; el mundo se hunde si esto no se arregla.

—Pero ¿cómo va á arreglarse?

—Restituyendo la autoridad al león, no hay otro remedio; pero lo haremos con cierta maña; esto es, sin abrirle la jaula.

Entonces se vió el espectáculo más anómalo y chocante que han presenciado los siglos; el de un pobre León, enjaulado y prisionero, recibiendo el homenaje de los animales que le habían encarcelado. El uno le llevaba viandas, el otro le llevaba joyas, éste le regalaba coronas, aquél le ofrecía cetos; todos le agasajaban, le sonreían, pero ninguno le abría la prisión.

—¡Desdichados!—exclamó al fin el león dando un rugido;—en vano me colmaís de honores y riquezas; queréis la justicia á medias, y eso es una ilusión; nada conseguireis mientras no me devolvais mi libertad.

—¡Vuestra libertad!

—Sí, porque mi libertad es la garantía

de la vuestra, como mi derecho la fuente de vuestro derecho, y mi autoridad el fundamento de vuestra autoridad. Todo viene de Dios; este es el gran principio que debíais ante todo reconocer; y si vosotros no lo reconocéis, ¿cómo queréis que lo reconozcan los demás?

Cuando las crónicas que cuando el león cesó de rugir, el eco de su voz corrió el mundo entero y despertó á muchos animales aletargados. Desde entonces, abiertos los ojos, pensaron abrirle la jaula, porque al fin comprendieron todos que, si la jaula no se abría, grandes y chicos quedarían iguales; esto es, como el gallo de Moron, ó lo que es lo mismo, como los perros del tío Alegria. ¿Has entendido amigo?

—Perfectamente; quiero decir que el León de Judá, representante en la tierra de la Majestad Divina, se halla prisionero, porque la revolución triunfante ha atropellado sus derechos, creyendo así llegar á la libertad. ¡Insigne estupidez; no ha comprendido que la libertad sin Dios es imposible, porque la libertad es hija de la paz, la paz hija de la justicia y la justicia hija de Dios!

—Magnífico; ya tienes encendido el farol. Ahora solo falta que lo pongas sobre el celemin, y que enseñes á todo el mundo estas verdades, tomando tu guitarra y cantando esta coplilla:

Si Dios no es Rey de Reyes,

¿Con qué derecho

Podrán mandar los reyes

Sobre los pueblos?

No hay mas tu tía,

O impera el León de Roma

O la anarquía.

A. C. y C.

(La Lect. Pop.)